

APROXIMACIONES A ALEJANDRO ROSSI

*Textos leídos en el coloquio "Lenguaje, literatura y filosofía: aproximaciones a Alejandro Rossi",
organizado por la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Filosóficas
los días 25 y 26 de febrero de 1993.*

Victoria Camps

Alejandro Rossi: El amor al detalle

Para mí el Alejandro Rossi profesor de filosofía es un enigma que no llegué a conocer. A principios de los 70, cuando yo empezaba a preparar una tesis doctoral sobre Wittgenstein, supe que lo habían invitado a dar un curso en la Universidad Autónoma de Barcelona. Se ocupaba de los trámites Xavier Rubert que conocía bien a Alejandro y contaba de él excelencias. Dios sabrá por qué, esa invitación jamás prosperó. Tuve que venir a México, bastantes años después, para encontrármelo y leer *Sueños de Occam*, un libro que ya no tenía nada que ver con las áridas y monótonas reflexiones sobre el lenguaje ni con las rancias quimeras de la filosofía. Me pareció una aventura literaria sorprendente por lo alejada que estaba de cualquier patrón canónico. Aquello no era filosofía ni novela ni puro ensayo ni poesía. Es una escritura que participa de todos los géneros, pero de un modo único. Los cuentos parecen ensayos, los ensayos parecen cuentos, la prosa roza la poesía sin ser mero virtuosismo estilístico. A pesar de haber olvidado a Berkeley, a Leibniz o a Strawson, una cierta manía analítica, un amor por la precisión y el detalle siguen estando ahí, en la obsesión por dar sentido a lo que pasa por insignificante. Lo que hace Alejandro Rossi no es describir la realidad, pero tampoco quiere encerrarla en el marco estrecho de una teoría. Es el maestro del texto breve, conciso, riguroso y enigmático, un texto que desorienta y descoloca porque elude hábilmente la tentación del aforismo que aspira a fórmulas absolutas y a certezas universales. Según dice, su ilusión es hacer libros que puedan ser leídos en cualquier parte y abiertos en cualquier página, lo que, sin embargo, no significa que sus libros sean de lectura fácil. Se detiene en lo menudo, inadvertido por la mirada pragmática de quien no sabe perder el tiempo, le saca punta a las anécdotas intrascendentes, a los incidentes mínimos, con una perspicacia incisiva, irónica, creando distancias. Pero Alejandro Rossi conoce ya esa cantinela. Sin duda está ya harto de oír que su escritura es inclasificable. Lo han repetido sobradamente sus críticos, reseñadores, comentaristas. ¿Qué podemos decirle que él no sepa?

La tarea se complica si pensamos, como pienso yo, que la palabra del crítico es siempre traidora al empeñarse en explicar lo que el buen escritor sabe decir sin explicaciones porque no las necesita. Más aún cuando el mismo autor nos pide que lo leamos "sin planes, sin pretensiones cósmicas, con amor al detalle". No pretendo explicar nada. Sólo quiero fijarme con cierta prolijidad en ese gusto especial por lo minucioso y pequeño. Amar y cuidar el detalle es, por encima de todo, disfrutar de la auténtica expresión literaria, de la prosa impecable, de la frase memorable. Pero es más que eso. Lo que busca Alejandro Rossi al escribir como lo hace no es sólo contar cosas por el simple desahogo que produce contarlas bien. La buena literatura no está reñida con el pensamiento. Un pensamiento, sin embargo, que se distingue del filosófico o del científico por ciertos privilegios que éstos no pueden permitirse: no necesita demostración ni le está prohibida la contradicción. Lo que nos arrastra y nos seduce de los relatos de Alejandro Rossi, más allá de la sobriedad de su escritura, de la concisión de sus descripciones, de sus personajes sombríos, de lo fascinante de sus historias, son esos latigazos de su pensamiento que estremecen y penetran hasta lo más profundo. Es el pensamiento que nos sacude y nos asusta porque se condensa en afirmaciones que son un océano de interpretaciones y de verdades a medias. El pensamiento que surge de una mirada curiosa y atenta, pero —como él subraya, no sin cierta coquetería— distraída. Distraída porque se aparta de las pautas establecidas y se detiene y demora en lo que los demás no ven. Y porque decididamente huye de los sonnetes y las preguntas habituales, de los tópicos manoseados, de las generalizaciones vacías, del lugar común o del dato trivial de que van llenos los manuales al uso. El *Manual del distraído* enseña cosas, por supuesto, pero no de la forma habitual. Distraerse de lo normal es obligarse y obligar a alterar los ritmos del tiempo, y a realizar el recorrido inverso al que nos han acostumbrado las reglas del pensamiento. En lugar de descubrir lo universal en lo concreto, la categoría en la anécdota, detenernos en la anécdota y perdernos en ella como si

fuera un pozo sin fondo. "He oído que las teorías buscan afanosamente ejemplos, dispuestas a todo tipo de concesiones con tal de tenerlos de su lado. En mi caso abundan, lo cual tal vez prueba que no soy un teórico sino, más bien, un conejillo de indias o una gallina espantada." "Para desgracia nuestra, una carta a un hermano puede escribirse de muchas maneras: pensar —¡señores!— es descubrir ese hecho espantoso." Si hay ahí alguna voluntad didáctica no es la de sacar consecuencias ni llegar a soluciones solemnes y finales o imaginar improbables arcadias. Nada de eso: "Es costumbre mía despreocuparme de lo que está lejos —las soluciones, el otro lado de la moneda, las páginas finales; siempre he tratado, por otra parte, de no acercarme demasiado a la verdad o, cuando menos, a las grandes verdades, prefiriendo decididamente los terrenos laterales, los callejones sin salida, las ideas sin ningún futuro."

La mirada de ese distraído que quiere ser Alejandro Rossi no es superficial: es obsesiva y mordiente como la mandíbula del roedor que no suelta su presa hasta triturarla. Por lo mismo, no puede expresar optimismo ni complacerse en casi nada de lo que observa. Es una mirada disconforme y crítica, que muestra disgusto, incomodidad, impaciencia, irritación, miedo ante un mundo enredado y hostil y, sobre todo, muy confuso. Por ejemplo, detesta el teléfono porque "suprime las reacciones físicas de los interlocutores, la mirada benévola o el cabeceo que aprueba, esos signos cuya presencia tranquiliza y alienta". Aborrece las grandes ciudades, esa arquitectónica urbanística donde todo queda lejos y es complicado, donde la amistad se reduce a frías citas previamente programadas. Le horroriza la burocracia, "esa desproporción, esa alquimia que transforma a un vejete pálido o a una cincuentona gelatinosa en personajes decisivos e inevitables. Un universo de reyezuelos, sellos, prosa nauseabunda, cuchicheos equívocos, falsos problemas, reglamentos, pasillos, salas de espera, sillones grasientos, incertidumbre y despotismo". No tolera la existencia inauténtica de los objetos falsos y efímeros, como las servilletas de papel, el sillón tapizado de cuero que no lo es o las flores de plástico, "objetos sin historia que nos rodean de soledad" y que contribuyen a degradar la perenne facultad de imitar. Y, por si fuera poco, "el mundo —¿no lo sabía usted?— es de una fragilidad indignante. Todo puede reventar, estallar, echarse a perder". No somos dueños de nuestras decisiones, la mayoría de nuestros actos son innecesarios, desconocemos todo sobre nuestro futuro. Nada debería parecernos natural y obvio. No nos está permitido decir ni tener nada gratuito. El autor del *Diario de guerra* está harto: "Estoy harto de ambigüedades y medias tintas. Quisiera un mundo de certezas redondas y solares. Una pacífica mandarina en la palma de mi mano y un lenguaje inocente que se abrazara a los objetos sin miedo a que estallen."

Me temo que escribir sobre Alejandro Rossi es resignarse al plagio o a la torpe repetición, a la paráfrasis de unos textos que son prueba de un tono, un estilo y una imaginación únicos. Un estilo que, sin duda, culmina en *La fábula de las*

regiones, la epifanía fantástica de ese gusto por lo secundario y anónimo. Los últimos cuentos de Alejandro Rossi tienen un hilo conductor que prolonga su voluntad de evitar la teoría: aquí lo que se evita, porque se trivializa, es la historia. Una serie de ficciones históricas o, mejor, de historias ocultas viene a mostrar el ridículo y la superficialidad de las historias oficiales. Personajes laterales y errantes, magistralmente creados y descritos, dan testimonio de la pobreza y limitaciones de los libros de texto que petrifican y aplastan los hechos y los privan de la más elemental humanidad. No faltan, en cada uno de los cuentos, las alusiones a la historia con mayúscula que no es sino la "extensión de la política, de la 'lucha grande'". Las historias oficiales son "crónicas aburridas, las de una humanidad sin contrastes, de una bondad como automática". La tarea de los historiadores es, precisamente, "inventar la patria, darle forma, jerarquizar el endiablado remolino de los acontecimientos, ordenar las innumerables opiniones que recorren, como pájaros extraviados, esas interminables regiones. Los escribas oficiales nos proponen una versión canónica en la esperanza, creo yo, de que la realidad al fin entre en razón y se ajuste a ella". Son los artífices de la nación, también con mayúscula, de la "gran patria", artífices de "visiones nítidas y optimistas de la historia de la patria, como si narraran una elegante partida de ajedrez". "Los historiadores son unos perros, Mariela", dice el abuelo de "Sedosa la niña". Construcciones artificiales que no aclaran nada ni dejan a nadie en su sitio exacto, versiones oficiales "empeñadas, como de costumbre, en proporcionarnos una historia respetable, una historia que no nos sonroje" y que "pretende demostrarles a los más jóvenes que tuvieron padres, que hubo una cierta continuidad, que las lucecitas sueltas de la inmensa noche forman una Patria". Los viejos generales de *La fábula de las regiones* hablan y hablan como queriendo dejar constancia de unas vivencias que no se adivinan ni aparecen en los relatos consagrados. Son viejos y lúcidos generales que guardan los recuerdos de un pasado enmarañado y agonizan lamentando la confusión que dejan, buscando oyentes cómplices capaces de escucharles y de entender su gratitud "por todo y por nada". Personajes incómodos para los historiadores, héroes mal recordados, memoria de una realidad más sucia que la pintada por los hechos emblemáticos, víctimas de una política ocupada en tejer la aburrida y monótona retórica patriotería. Y todo eso ocurre en el marco de una geografía de tremendos contrastes, de "biología desbocada", que impone calma y también desamparo, donde "todo se vuelve intercambiable y anónimo", tierras donde ninguna guerra cambia nada, donde "sólo las palmeras son altas".

La realidad es más frondosa, ambigua y contradictoria de lo que cuentan los discursos aceptados. Las cosas suscitan más dudas de las que se infieren de nuestra relación confiada y sumisa con ellas. Las obsesiones literarias de Alejandro Rossi denuncian esa equivocidad que obliga al lector a detenerse, a tomar distancias y a pensar. En el texto del *Manual del distraído* titulado "El profesor apócrifo", Juan de Mairena

agradece la presencia del oyente oficial Joaquín García, el cual —se dice en el texto— “es la indicación clara de que nadie escucha” puesto que “oír con pureza... supone... una decisión intensa, una conducta ajena a la tribu, una aventura emocionante”. En el recorrido por las aventuras literarias de Alejandro Rossi, yo me siento como esa oyente silenciosa de un profesor apócrifo que, sin afanes didácticos, busca una sonrisa cómplice.

Por esa enseñanza desordenada pero viva, original y llena de ideas, gracias Alejandro. ◇

* * *

Luis Villoro

En el homenaje a Alejandro Rossi

En un admirable ensayo sobre Ortega y Gasset, Rossi nos recuerda la diversidad de formas y estilos que caracterizan a la filosofía. Ésta emplea los más variados medios de expresión, desde el tratado enjundioso hasta el fugaz aforismo. A veces prefiere el relato sencillo, otras, el artículo erudito. Pero también se encuentra en la poesía (¿no fueron esos sus comienzos?) y en el diálogo, en el discurso edificante, la disputa retórica, las epístolas, la meditación silenciosa. Tampoco traza un territorio exclusivo. Se preocupa sí por temas fundamentales, los “primeros principios”, los valores más altos, la verdad inalcanzable. Pero no tiene empacho en compartir sus desvelos con las más diversas disciplinas. Nació ligada al mito y a la poesía, luego se alió a la teología, por fin quiso ser semejante a la ciencia. Salvo en ocasionales recaídas en la pedantería académica, nunca desdeñó quedar unida a la religión, a la política, a la historia o a la narración literaria. Porque filosofía no es un campo limitado de conocimiento, sino una actitud, una actividad que puede ejercerse en muchos campos. “La gloria de la filosofía —escribe Rossi en el artículo mencionado— es precisamente que no tiene tema, que se entromete en todo. Nadie sabe muy bien qué es, cambia máscaras continuamente, pero no desaparece.”¹ Por eso cada filósofo, si no se limita a caminar por los senderos ya trazados, tiene que encontrar su propia forma, descubrir su estilo propio.

Rossi necesitó algún tiempo para encontrar el suyo. Su primera opción fue el artículo escueto, riguroso. La elección de una forma de expresión se explica en parte por las que hace a un lado. Un estilo filosófico significa a menudo el rechazo de otras maneras de hacer filosofía. En el siglo XVI el diálogo cortesano era un signo del hastío de las disputas escolásticas, al igual que éstas expresaron en su tiempo el desvío de los discursos edificantes y las exégesis religiosas. La elección de una forma de escritura nos dice más por lo que rechaza que por lo que acepta.

¹ “Lenguaje y filosofía en Ortega”, en *José Ortega y Gasset*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 38.

Hasta la época en que Rossi empieza a publicar, la filosofía mexicana había estado dominada por el ensayo, más o menos elegante, más o menos vacío (ese género que Ortega definía como “la ciencia menos la prueba explícita”), o bien el libro de texto, el manual “introductorio” o el comentario histórico. Lo que solía estar ausente era la argumentación, la crítica detenida, el planteamiento riguroso. Sobre la búsqueda pausada de la verdad, prevalecía a menudo la retórica, el afán de persuasión o la voluntad de estilo. La argumentación era reemplazada por la conclusión apresurada; la expresión clara, por la frase llamativa. Para acceder a una comunidad filosófica genuina, basada en la discusión racional, se requería en ese momento de una ascesis del intelecto: rigor, precisión, claridad; sobre todo: argumentación y crítica. Esta necesidad ya la habíamos sentido los miembros de la generación inmediatamente anterior a la de Rossi, a la cual yo pertenezco. Él estuvo cercano a nosotros; pero también lo estimuló en esa vía, por una parte, la enseñanza de José Gaos, por la otra el giro de la filosofía analítica hacia formas de expresión más claras y precisas.

La elección del artículo especializado, más cercano a la expresión científica que a la literaria, obedecía a un momento necesario en la vía hacia una racionalidad mayor en el pensamiento filosófico. Al diletantismo oponía el tratamiento profesional de los temas, al discurso superficial, el rigor del análisis, a la exposición sin pruebas, la argumentación crítica, a las soluciones brillantes, las preguntas pertinentes. Momento, creo, que aún es el nuestro. Porque andamos aún en los primeros pasos por construir entre nosotros una comunidad filosófica profesional sólida. Los trabajos de Rossi fueron una contribución importante a los cimientos de esa empresa.

Pero al cabo de unos años de ascesis filosófica, Rossi abrió una ventana. Al otro lado se extendía otro campo.

¿Cuáles fueron los motivos que lo impulsaron al cambio? ¿Cuáles las insatisfacciones, o los nuevos amores que lo llevaron a saltar el muro? No lo sé, pero puedo suponer que estuvo presente el llamado profundo de la literatura, vocación enterrada desde antiguo. En ese caso, el cambio sólo habría sido, en realidad, un reencuentro. Pero tal vez Rossi se asomó también a la otra cara, la oscura, del análisis filosófico. ¿Sintió la sequedad, la frustración de las disecciones interminables que conducen a minucias prescindibles? ¿Comprendió cómo el tratamiento de una cuestión dirigía a otra que llevaba a otra y otra más, sin poder nunca abandonar el laberinto? ¿O simplemente se percató de que ese género de filosofía, cultivado en las metrópolis, corría el riesgo de condenarlos, en estos “pagos”, a ser interlocutores de traspatio? No lo sé.

De cualquier modo, algo Rossi dejó atrás: su manera anterior de filosofar. ¿Dejó también la filosofía? Sería la interpretación más simple de su paso. Pero yo prefiero verlo de otra manera: reencuentro con la literatura sí, pero en su seno, Rossi dejó atrás una forma de filosofar —quizás la más canónica— para hacer pasar otra forma —tal vez la más perso-

nal. Porque en sus páginas literarias se asoma de nuevo, bajo otra traza, la actitud filosófica.

Herodoto nos ha transmitido una conversación que, de ser cierta, reseñaría una de las primeras veces en que se usó la palabra "filosofía". Solón, después de dar leyes a los atenienses, se habría puesto a navegar por el mundo. En Sardes se hospedó en el palacio del rey Creso, quien lo recibió con estas palabras: "Huésped ateniense, hasta nosotros han llegado muchos dichos acerca de ti, a causa de tu sabiduría y de tu andar de un lado para otro, ya que *filosofando* has recorrido tantas tierras, por ver cosas."² "Filosofar" no tiene aquí obviamente el sentido de dedicación a una disciplina, que aún no existía, sino el etimológico de "amor a la sabiduría". Pero presenta ya los caracteres del temple de ánimo propio de la actividad filosófica posterior.

Solón ha abandonado los negocios de la ciudad. Se dedica a "andar de un lado para otro", sin hacer de ningún sitio su aposento. Al navegar comercia, como era obligado en aquella época. Lleva y trae mercancías, por derroteros frecuentados. Pero él no viaja por eso sino "por ver cosas". Quiere mirarlo todo con sus propios ojos. No quiere atenerse a los decires ("mitos" en griego), sino tener un contacto personal con las cosas. La primera versión del filósofo lo introduce como un curioso que todo lo observa. Ojos abiertos, pregunta a los objetos, a los hombres, pero sólo de sí mismo espera una respuesta.

Pero no fija la mirada en la traza gastada que presentan las cosas en su uso cotidiano. En su barco se trafican mercancías, se comentan las últimas habladurías de Atenas, se prosigue la vida rutinaria. Pero Solón se aparta y mira. Los objetos ya no son para él instrumentos de un trato irreflexivo. Ya no son simples términos de manejo en los que no nos detenemos. Desprendidas del cuidado cotidiano, las cosas empiezan a dejar ver rasgos que generalmente ocultaban a la apresurada mirada de todos los días. El mundo cobra entonces un nuevo aspecto. Las cosas ya no son esos objetos que repiten su idéntica, consabida traza en la rutina de nuestras ocupaciones diarias, ahora pueden mostrar facetas inusuales, pueden incluso causar asombro. Podemos imaginar el aspecto que Solón, el curioso, presenta ante sus compañeros: desprendido de las ocupaciones habituales, sin fijarse en la traza gastada, repetida, de los objetos usuales, es la imagen cabal de un hombre distraído.

Alejandro Rossi navega por la literatura con el mismo talante con que Solón viaja de rada en rada. No se detiene en ningún puerto. El mundo es diverso y complejo. El viajero no está ocupado en un negocio fijo. Se distrae de los quehaceres rutinarios y de la manera como los objetos se ocultan en ellos. La distracción del mundo cotidiano, lo conduce a menudo al reino del juego, donde todo se inventa y nada es definitivo, otras, al ensueño, en que la realidad y la posibilidad se entretejen, algunas veces, a un mundo donde las



imágenes presentes se confunden con las del recuerdo. Pero en ciertas ocasiones, la distracción tiene un sello inconfundible: el de la actitud filosófica. Sólo en esos textos quisiera detenerme.

En ellos el filósofo distraído desvía la mirada de la traza en que aparecen los objetos en su uso previsible, pero no para evadirse en el recuerdo o en la fantasía, sino para ver la realidad con sus propios ojos. Para quien está prendido del mundo en torno, sus acciones son hábitos, rutinas predecibles; los objetos presentan siempre el mismo aspecto; son tal como son, como han sido siempre. Para describirlos, bastan los nombres habituales. En el lenguaje cotidiano, llamamos "pan" al pan, y al vino "vino", como tienen costumbre los habitantes de Swedenka. El filósofo distraído, en cambio, ve el mundo de otra manera. Mientras los demás se ocupan y preocupan por los objetos cotidianos, los usan y los olvidan, él deja vagar el pensamiento. Porque no puede cesar de pensar. Pensar es conectar, ver una cosa en sus verdaderas relaciones con otras, en una totalidad. Pensar es dejar que los objetos se muestren en todas sus facetas, las habituales pero también, en ellas, las insólitas, que sólo se ofrecen a la imaginación. Pensar es ver cada cosa, ya no en la apariencia gastada con que se presenta en nuestras faenas corrientes, sino en las variadas facetas de su compleja realidad, "Admiti-

² *Antología filosófica*, ed. por J. Gaos, Fondo de Cultura Económica, México, 1940, p. 67.

mos la realidad si la podemos confundir con la imaginación —anota el distraído—. La imaginación es, entonces, la escena apropiada para contemplar la realidad.³ Los objetos ya no son lo que son, cada cosa remite a otra, es otra. Todas están inmersas en las redes de un mundo que las vincula. Y esas redes están tejidas por los significados que les da a los objetos una manera peculiar de conocerlos y de vivirlos, es decir, una cultura.

Al ponerlos en relación con su mundo, ciertos objetos de uso cotidiano, un vaso de cartón, por ejemplo, un sillón de plástico, revelan su realidad: son los “objetos falsos”. El escenario entero de nuestra vida diaria se revela entonces una réplica de otra cosa, y esa es su verdadera naturaleza. Ciertos símbolos destinados a representar una idea, al usarse y repetirse, se degradan en adornos, son adornos. Plantas y animales, engastados en el ámbito urbano, dejan de ser naturales, se vuelven entes externos, extraños. Ante la mirada del distraído, incluso algunos objetos insignificantes empiezan a evocar todo un mundo de asociaciones e inferencias, como aquel tarro de cerveza tibia, que no es sólo una bebida, sino un modo de ser y de vivir la vida.

El filósofo distraído puede dar un paso más: de mirar las cosas en su ser en el mundo a mirar ese mundo en que las cosas son. Trata de ver entonces las creencias y actitudes ocultas que tejieron aquel mundo. ¿Por qué creemos, por ejemplo, que este par de tijeras existe cuando no lo vemos, o que conserva hoy como ayer la propiedad de cortar? ¿Por qué creemos, en general, cosas que no vemos pero que suponemos cuando vemos cualquier cosa? El distraído ya no mira las cosas, mira el escenario en que se hacen presentes.

Otras veces, dirige su mirada, ya no a la presencia de las cosas, sino a la manera como pueden describirse. Porque los objetos se articulan en el mundo, pero también en su espejo: un lenguaje sobre el mundo. Se detiene entonces en un viaje por barco. El tema del relato no es, en primera instancia, los acontecimientos sucedidos en el viaje, sino el relato que, al narrarlos, los vincula. El relato nos dice cómo debería relatarse el viaje. Narrar la narración. Si los objetos muestran su realidad al ser vividos en un mundo, el discurso que los describe expresa su significado al ser narrado.

Desprendido de los objetos y parloteos habituales, el distraído observa. Melancólico, anota en su cuaderno lo que contempla, tal como se le presenta. No requiere, pues, de tratados abstractos, ni menos de artículos precisos y sesudos. Elige un libro que pueda reflejar la diversidad compleja del mundo vivido. Podría haberlo llamado “Bitácora de viaje”. Prefiere llamarlo “Manual”. Quizás ironiza, quizás juega. A nosotros toca averiguarlo.

“Manual” llamamos al compendio de una ciencia, de un saber o de una técnica. Sirve para introducir a un conocimiento o para guiarnos en su empleo. El “manual” del distraído tiene un signo contrario. Es compendio de la diversidad del mundo y de nuestras maneras de describirlo,

es guía para que cada quien, al ver las cosas, se guíe por sí mismo. Compendio de lo incomprendible, guía de lo impredecible. Invitación personal a mirar, al través de las minucias cotidianas, la realidad de un mundo.

El distraído anota lo que ve. No quiere cambiar el mundo. Y, sin embargo...

El distraído deja, con desgana, un ejemplar de su *Manual* sobre una silla. Se aparta unos pasos. De reojo ve cómo un desconocido toma el libro, lo hojea, se detiene en una página, esboza una mueca de irritación, abre el libro al azar en otra parte, apunta un leve gesto de asombro, camina lentamente mientras lee. El desconocido sigue su vida acostumbrada. A veces, en la noche, lee un par de páginas del *Manual*. Su vida no ha cambiado. Sin embargo, de cuando en cuando, por breves momentos, algunos objetos parecen variar de traza y mostrar una faceta desacostumbrada. Entonces, el desconocido, sin proponérselo, distrae la mirada de su mundo rutinario y la dirige a esa dimensión insólita de las cosas.

Lejos, en su poltrona, el distraído sonríe, malicioso. ◇

Ramón Xirau

Aproximación a Alejandro Rossi

Quiero agradecer para empezar la amistad de Alejandro Rossi, su verdadera, honda amistad.

Hace muchos años, Alejandro, escribí lo que sigue: “Torre de la Signoria, Bargello, Santa Maria Novella, Orsanmichele, agilidad gozosa del gótico que se inventó Giotto al construir el Campanile. Los florentinos decidieron encargárselo porque era pintor de fama. Nada más justo.”

Íbamos en autobús, de los Leones de Chapultepec a la Universidad de las Américas —carretera a Toluca— donde di muchos años clases y donde impartió clases también Alejandro Rossi. Creo que no hablábamos de filosofía, sé que hablábamos de Gaos, del paisaje, de Dante y frecuentemente de Montale.

Le tuve a Rossi verdadera envidia cuando me dijo que había nacido justamente, precisamente, en Florencia. Repetidamente Alejandro y yo hemos platicado de las relaciones muy profundas entre la Toscana, el Norte de Cataluña (sí, el Ampurdán) y, más ampliamente, de la unidad secreta de lo que llamo el arco Mediterráneo, de Sicilia a tierras catalanas, pasando por Provenza y por aquella región que Dante llamaba de la “lingua d’Ocha” —hoy se llama, horriblemente, el Languedoc. Por cierto, buen lector de Josep Plà, Rossi me ha dado lecciones de literatura catalana, varios de cuyos autores ha leído a fondo.

Supe de Alejandro antes de conocerlo. Formaba parte, si no me equivoco, de aquel grupo que llamaron de los “hegelianos”, estudiantes de José Gaos sobre quien Rossi publicaría dos textos, uno en el *Manual del distraído*, el otro en el

³ *Manual del distraído*, Anagrama, Barcelona, 1980, p. 90.

prólogo a la antología de Gaos por él preparada y recientemente publicada en España.

Supé después que Rossi se ocupaba de esto que entre comillas llamaremos "filosofía analítica". Los términos, en efecto, son generales y vagos.

Algo sencillo y también decisivo. Alejandro estuvo en Oxford donde aprendió a hacer a un lado, por lo pronto, a Hegel y a Heidegger. ¿Qué significaba esta "filosofía analítica" que, en algunos casos, se había rebelado contra Bertrand Russell? Para Alejandro *no significaba* una filosofía hecha y derecha sino un modo de hacer —tales sus palabras— una "filosofía abierta" mediante "un juego conceptual claro". Cosa que Alejandro logró con creces en su libro *Lenguaje y significado*, libro que sigue siendo modelo de claridad. Por cierto, escribí del libro una reseña larga, creo que no muy buena. Apareció en una revista semanal relativamente "amarillista". Rossi fue el introductor en nuestra Universidad y aun en otras universidades de un nuevo modo de filosofar que ha dado lugar, su influencia ha sido clara, a excelentes discípulos que hablarán en otra de las mesas de este homenaje.

Después, años de 70, una auténtica revelación. Aparecían en *Plural*, el de Octavio Paz, textos de Rossi que formarían poco a poco el *Manual del distraído*. El libro se publicó por primera vez en 1978. Es deslumbrante.

Abundan en el *Manual del distraído* más atenciones que distracciones. En algunos textos —"trabajos" los llama Rossi— predominan la filosofía o los temas en parte filosóficos. Nos recuerda Rossi cómo el Doctor Johnson refutaba el idealismo de Berkeley dando una patada a una piedra. Más tarde G.E. Moore lo hacía levantando sucesivamente las dos manos.

En suma, las cosas están en el mundo, *en este nuestro mundo*. Hay que creerlo. Solemos confiar todos en que al abrir la puerta no nos encontraremos ante un abismo. Tenemos fe y confianza en la existencia de este mundo, estos objetos, estas personas. Esta fe está en toda la obra de Alejandro Rossi. Cito el final del primer texto del *Manual*:

Creer en el mundo externo, en la existencia del prójimo, en ciertas regularidades, creer que de algún modo somos únicos, confiar en determinadas determinaciones, corresponde no tanto a una sabiduría adquirida o un conjunto de conocimientos, sino más bien a lo que Santayana llamaba la fe animal, aquella que nos orienta sin demostraciones o razonamientos, aquella que, sin garantizarnos nada, nos separa de la demencia y nos restituye a la vida.

Ah, y la ironía. Aparece en la mayor parte de los textos de Rossi, una ironía más cercana al análisis y a la sonrisa —también a la crítica— que al humor. Crítica que con admiración pero sin tapujos hace Alejandro cuando nos habla de Ortega o, discípulo "disidente", a Gaos. Crítica que es entrega y es admiración cuando se refiere al Juan de Mairena de An-



tonio Machado. Relación amistosa y aun amorosa hacia Don Antonio. Relación que comparto.

Ironía, en efecto. Así en los brevísimos textos que Rossi bautiza de *Sorpresas*.

Primera sorpresa:

Tuve una novia extraña. Me confesó que era criptojudía y yo pensé —en mi ignorancia cristiana— que era una secta erótica. Durante meses esperé la invitación.

Segunda sorpresa

El bosque era enorme. Unos pinos altísimos y grises. De lejos veía a una niña que perseguía a un lobo aterrado —Lo juro.

Sorpresa tercera

Un hombre agoniza en un cuarto y al lado de la cama, sobre un piso de baldosas, está echado un perro. Entra alguien, observa unos segundos y cierra otra vez la puerta.

Alejandro Rossi, hombre de tantas y variadas tierras es, sin olvidar drama, tragedia, un hombre cercano al Mediterráneo, al "sol del mediodía", como decía Camus.

Hombre al que se ha llamado "el puente del mar azul". ◇

Homenaje a Rossi

Es natural que los asistentes a un homenaje esperen escuchar opiniones, puntos de vista, sobre la obra del homenajeado. Por fortuna para ustedes, varios de los participantes hablarán ampliamente, y con gran conocimiento de causa, acerca de la obra literaria, filosófica y como maestro de Alejandro Rossi. Yo quisiera hablar de un aspecto cercanísimo a esos temas y que considero uno de los rasgos sobresalientes de la personalidad de Alejandro: me refiero a su vocación para la amistad, a ese genio suyo tan definido no para “cultivar” las relaciones humanas —palabra que alude, querámoslo o no, a un interés, a un propósito con fines ulteriores—, sino simplemente para suscitar un género especial de relaciones y para vivirlas con un tacto, con una sabiduría natural que en este tiempo de prisas, de distracciones y de triunfo del “sentido práctico”, resulta verdaderamente excepcional. Mi idea es que esta capacidad suya para relacionarse con sus amigos, pero también con sus discípulos, sus colegas, sus maestros, es uno de los aspectos esenciales de su obra propiamente dicha, no sólo de su personalidad sino de algo inseparable y simultáneo a su obra literaria, filosófica y de maestro. Seguramente también inseparable y simultánea a la obra de muchos que se han acercado a la amistad, a la inteligencia, al desprendimiento intelectual, a la ética rigurosa, al tiempo generoso que obsequia Alejandro para atender preocupaciones, cavilaciones, ideas y ocurrencias de los demás.

Quando llegan los sesenta años de un hombre como Alejandro, es inevitable preguntarnos por los significados de su vida. De este hombre que decidió voluntariamente y en libertad quedarse entre nosotros, construir y hacer su vida aquí, cerrando otras opciones que seguramente no lo hubieran hecho diferente: la inteligencia, el gusto por la vida, la capacidad para la amistad, son atributos que hubiera llevado y que hubieran florecido en cualquier parte, allí a donde lo hubiera conducido otra elección y otra decisión. El hecho es que se quedó entre nosotros —ya cuarenta años, los dos tercios de su vida generosa. Y ese hecho, más allá de lo que a él le hubieran deparado otras circunstancias, para nosotros ha sido extraordinariamente afortunado, algo que de seguro ha modificado la vida de quienes han tenido la suerte de encontrarlo y tratarlo, que ha dejado rastros imborrables en aquellos medios, en aquellos espacios en que han estado presentes los atributos de la personalidad de Alejandro. Difícil imaginarnos la Universidad de la últimas décadas, la Facultad de Filosofía y Letras, este Instituto de Investigaciones Filosóficas, algunas empresas intelectuales de este país, determinadas revistas, sin la presencia de Alejandro, sin sus estímulos, sin su espíritu crítico y lúcido, sin su moral de una pieza, sin su ayuda abierta y desprendida.

Con esto quiero decir que la presencia de Alejandro en México ha tenido un significado preciso: predicar la exacti-

tud de las ideas y las palabras, abogar por una libertad de expresión sin disimulos, subrayar y ejercer la dignidad de la moral, y afirmar una independencia como hombre y como intelectual sin concesiones ni falsas amalgamas. Por supuesto, tal conjunto de virtudes practicadas entre nosotros bastaría y sobraría para convertirnos en los favorecidos colegas, en los dichosos amigos, en los afortunados discípulos de Alejandro Rossi durante estas décadas de vida mexicana.

Quando hablo de la capacidad de amistad de Alejandro Rossi como uno de los rasgos excepcionales de su personalidad, hablo por supuesto de un conjunto de sutilezas que parecen saltar a la vista y que, sin embargo, no es sencillo describir y menos aún definir. No hablo, claro está, de las fáciles relaciones humanas, que precisamente por ser fáciles son superficiales y efímeras, de dientes para fuera. Tampoco hablo de una especie de “vocación social” que induce a algunos a estar presentes en cuanta reunión o agrupamiento se ofrece. No, hablo de algo más difícil y elaborado y por eso más rico y sugerente, inolvidable: hablo de la capacidad de un hombre para reconocer en los demás, cuando se presentan, ciertos valores y atributos que, como por arte de magia, por el hecho de ser reconocidos y aceptados por Alejandro, se transforman y cambian, o, mejor dicho, son reconocidos con mayor vigor y lucidez por el propio interlocutor, por el propio portador. Tal vez en esto consiste lo que se llama la capacidad de *estímulo e inspiración* que un ser humano ejerce sobre otro ser humano, es decir, el contacto entre personas en su más alto significado. Esta tarea, que parece sencilla, es obviamente complicada: Alejandro Rossi no es una gente que acepte fácilmente los atributos de las otras personas, sino que los rodea y los somete a prueba —tal vez sobre todo a la prueba de la reducción al absurdo, aquella que consiste, si no se está bien armado, en desinflar falsos entusiasmos y grandilocuencias erradas. Sí el sentido crítico, pero no la prescripción de recetas sino, a través de una inapelable y sistemática inteligencia, provocar e inducir a que cada uno se enfrente a sí mismo, a sus propias palabras, a sus propias ideas, a sus propios hechos.

Ese implacable filtro de la propia conciencia, que Rossi nos enseña a utilizar ¿no es al fin de cuentas la esencia del método socrático de la sabiduría, es decir, el mayor acercamiento posible de una persona a otra —por la inteligencia, por el calor humano, por la verdad—, poniendo a cada una ante su propio espejo obligándola, invitándola a que se mueva de la oscuridad a la luz, de la confusión a la claridad, a que sea más imaginativo con las ideas y más estricto con la imaginación? Una vez pasada esa difícil prueba, que no termina nunca, el entusiasmo de Alejandro es entonces contagioso y estimulante, inspirador. Los amigos de Alejandro, sus discípulos, sus colegas, sus maestros, todos hemos aprendido con él así, a través de la elegancia de un acercamiento que es, al mismo tiempo, fraterno y riguroso, generoso y vigilante, interesado en las ideas y proyectos de los otros, pero por eso mismo sometiéndolos a examen, a balance, a la necesidad de que se confronten a sí mismos. Y un rasgo que

hace posible lo anterior y todo el resto: la excepcional alegría de vivir, el gusto por la vida que nos transmite Alejandro, más allá de sus propios estados de ánimo, de su condición circunstancial.

Decíamos que ese estilo de vida, esa forma de vida es inseparable de su manera intelectual, de su estilo literario, de la vocación de pensar de Alejandro Rossi. El "amor al detalle", como él mismo ha dicho. Pero, a propósito: ¿pueden ser amalgamadas, sin violencia, nociones como "un narrador perverso" y "una narrativa humana, generosa"? ¿Pueden la neurosis y la obsesión convivir con la paciencia y la calma? Pienso en la navaja de Occam al mismo tiempo que en la niña aquella, la sedosa. Pero también están los ensayos. *La Guía de perplejos* de Maimónides tenía claramente la intención de llevar las almas atribuladas y confusas hacia la claridad pacífica de la verdad. Al contrario, el *Manual del distraído* hace que frecuentemente desembarquen las mentes claras en los muelles de la más pura perplejidad. Tal vez por esto el estilo de Rossi no se deja definir. Y, sin embargo, es tan inconfundible que la imposibilidad de describirlo resulta afrentosa para uno, lector por puro placer, metido a crítico y exégeta.

Podría decirse tal vez: "una prosa bruñida y tersa compuesta de sólo navajas y agujas". Una contradicción o, mejor, una contrariedad. Se trata, en efecto de un estilo sinuoso y sin excesos, terso sin cursilería, brillante sin cardillos, duro, compacto. Pero también lleno de filos: un bisturí contra el ojo del lector. No el ojo físico, porque cortar ahí significa acentuar esa ceguera que nos acompaña a todos. La cirugía de Rossi, si acaso, se da en el ojo de la mente: y lo abre. Rossi —hay que decirlo— pica los ojos de su lector, para abrirlos, pero a veces también por el puro gusto travieso de, sencillamente, picarlos. Los niños suelen encarnizarse con polillas, moscas, arañas o lo que encuentren vivo bajo las piedras; Rossi hace exactamente lo mismo con las ideas que no hemos querido pensar, con los prejuicios que nos llevan a las autocomplacencias. ¿Dónde habrá descubierto que la bárbara entomología infantil es de la misma estirpe que la de la conciencia? No lo sé pero habría que verlo despanzurrar lo que él llama la "retórica del texto valioso" y describir a la gran mayoría de los lectores. A fin de cuentas, Rossi es una de las más interesantes muestras, palpable incluso, de lo que es la inteligencia: un asunto universal que, sin embargo, únicamente se verifica en el individuo.

Siempre dueño de una lógica implacable, pero eso no basta para definir la rara mezcla de novedad y evidencia, gozo y hasta envidia de la buena que produce la plática con Alejandro o la lectura de Rossi. Ya sea como una mordedura o como un regalo, siempre sorprende el cauce de sus razonamientos: vías naturales, consecuentes que, expresadas por él, resultan verdades como casas... pero a nadie más se le ocurren. Es casi un truco cómo sus callejuelas enredadas desembocan siempre en las plazas del sentido común. ¿Quiere decir esto que Rossi maquina con mayor pulcritud y velocidad que los que le rodeamos? Sí, hay algo de eso. ¿O quiere

decir que los otros nos hacemos trampa con mayor facilidad? También es cierto. Entre otras cosas, si no fuera por su tono pícaro, su sonrisa cómplice, la inteligencia de Rossi sería una disuasión del trato amistoso. Pero es todo lo contrario, es cierto, después de pasar la dura prueba.

La razón, la lucidez pase lo que pase, así se caigan las buenas causas y los prejuicios. Con Rossi no existen asideros automáticos ni verdades por el solo hecho de la vehemencia o el entusiasmo con que se les abraza. La posición moral no hace ni verdadero ni falso un razonamiento. Los apasionamientos morales, y hasta lo que él ha llamado "el festival ético", deben darle motivos y sentido a una vida, pero no le otorgan razón, racionalidad. Ambos, afectos y razones son indispensables, en Rossi y en todos, pero no intercambiables. Rossi sabe muy bien que ninguna moral otorga garantía si no se acompaña de una sólida racionalización. Cualquier postura es aceptable, excepto la estupidez o la necedad.

Toda verdadera inteligencia acaba generando espacios que no se había imaginado. Nunca fue propósito de Rossi convertirse en el gran educador, en el gran comunicador en que, acaso sin quererlo, se convirtió después de vertir fuertes análisis corrosivos sobre la bobería pululante del mundillo de los intelectuales. Él mismo se alarmaría de la cantidad de cabezas que ha sacudido y despertado. No poca cosa es demostrar que la ligereza no significa ni falta de rigor ni superficialidad.

Algo más si se me permite: es claro que una inteligencia no es notable solamente por un alto puntaje de *I.Q.* Debe aplicarse a los asuntos determinantes y compartidos de la condición humana: las vacilaciones de nuestras falibles éticas, los incomprensibles apremios de los afectos y deseos, las cuitas cotidianas y las eternas. Esto sí me parece que está abordado en los días y las cuartillas de Alejandro Rossi, pero de un modo intolerable para lo que él llama el "nelector, ese monstruo que ha cursado la primaria sin perder los hábitos del paleolítico". La ligereza, la ironía y hasta la franca acidez, la crítica y la enorme capacidad satírica componen los rasgos más notables, por aparentemente contradictorios, de su generosidad. En efecto, uno generalmente emplea dichos recursos para marcar un enfrentamiento, una distancia, pero Rossi se vale de ellos para lo contrario: como un refugio protector, no sólo para el amigo en busca de apoyo sino, sobre todo, para no hacerse cómplice del autoengaño. Una buena ironía en su sitio evita la malsana costumbre de compadecer a quien no lo necesita. Y, bien visto, el hecho de consecuentarle a alguien sus lástimas, sus devaluaciones, sus indulgentes errores, es un acto de extremo narcisismo, es considerar al interlocutor como un menor de edad en términos humanos. Rossi está libre de ese pecado. Por eso es fácil oír sus risas como una franca generosidad.

Rossi vive, escribe y ofrece su amistad desde el escepticismo respecto a las verdades absolutas. Dura lección, pero sin ella no existiría ese espacio para la risa a que aludimos, esa muestra a la vez de incertidumbre y gozo, de vitalidad e inteligencia, de sorpresa, de imposibilidad y, por tanto, de hu-

mildad. Los oficios de lo sagrado persiguen verdades últimas y fundamentales, imponen temor y severidad; son también formas del alma humilde, pero no las únicas. Para ellas, la risa es una profanación. Vestirse con casulla para servir un *whisky*, de toga y birrete para lavarse los dientes, tonsurarse a la franciscana para pasar a máquina una crítica, tanto como arreglar el mundo desde el cubículo, son formas intolerables del peor narcisismo. Rossi nos ha hecho ver que, en el ámbito secular en que vivimos, negarse a la risa es un acto de soberbia y tontería. ¿De qué otro modo convivir con tantas malas cuentas, con tan aparatosos gestos y actitudes?

¿Qué más se puede decir en un homenaje a Alejandro Rossi? Muchas cosas más evidentemente, pero como mi tiempo se acabó aquí termino estas líneas que quieren ser, aparte de lo que él sabe, una muestra permanente de afecto y admiración. ♦

* * *

Carlos Pereda

Introducción al método de Alejandro Rossi

Paul Valéry escribió una *Introducción al método de Leonardo da Vinci* con vagos ecos del Leonardo real y como cuatrocientos años de memorable prosa francesa. También yo, que en cierto sentido he sido su discípulo y soy su continuo lector y hasta su amigo, dispongo de ecos, algunos incluso no demasiado vagos de Alejandro Rossi: cautivante profesor, investigador de talla, astuto y temible estratega cuando lo quiere ser y, además de maniobras de varios tipos, conversador irresistible e inquietante y no sin cierta turbia “mala leche”, por fin, escritor. Con esos ecos pero nada más, ¿qué introducción al método de Alejandro Rossi podría escribir? De puro irresponsable, me aventuro a recoger algunas — sólo *algunas*— reglas de tal método. Las formulo como sigue:

I. Cambiar, pero no de manera indecente o bárbara, sino razonándolo; o si se prefiere expresar esta regla de manera más abstracta, más pedante también: *con respecto a los problemas de creencias, piensa en tratarlos con argumentos como el modelo para enfrentar esos problemas.*

II. Vivirse en rodeos.

III. De vez en cuando tener presente la siguiente regla argumental: *atiende a que tus argumentos no sucumban a la tentación de la certeza o a la tentación de la ignorancia pero tampoco a la tentación del poder o a la tentación de la impotencia.*

IV. Encontrar la propia voz y la propia medida, apostando siempre por la inteligencia.

Sospecho que cada una de esas reglas admite y hasta pide ser comentada y discutida desde diversas perspectivas, por ejemplo, desde la perspectiva de la literatura y desde la perspectiva de la filosofía, dos perspectivas que a veces pueden

entrelazarse, pero que son —en muchos sentidos— diferentes. De manera previsible, optaré por elaborar un poco esas reglas desde algo así como la perspectiva de la filosofía, resignándome, pues, a dejar de lado casi todas las delicadas maravillas del *Manual del distraído* y hasta ese cuento perfecto y a la vez tan emblemático de cierta América Latina, “El cielo de Sotero”.

Empiezo con una confesión: hace años, cuando todavía era estudiante en el Uruguay, me sorprendió un ejemplar de *Lenguaje y filosofía* de Alejandro Rossi. Lo leí de un tirón: por el conocimiento de los textos de Husserl en el primer trabajo, era claro que el autor provenía de la fenomenología; por el resto del libro —que discute, por ejemplo, la teoría de las descripciones de Russell y la de los nombres propios de Wittgenstein— me quedó claro que el autor escribía ya desde la filosofía analítica. En la América Latina de los setenta era previsible buscar entre estas posiciones. Tales eran, junto al marxismo, los “grandes bloques” dominantes. Lo raro, lo sorprendente para mí, fue comprobar que se procurara *razonar* un cambio radical en el pensamiento. Nuestros hábitos intelectuales tienden a aconsejarnos la monótona insistencia y el repudio. Sin embargo, de pronto, me encontraba ante quien se negaba a ambas facilidades y procuraba desarmar paso a paso su pasado teórico en busca de otro horizonte. La lección era importante y no pude menos que aprender la regla: *con respecto a los problemas de creencias, piensa en tratarlos con argumentos como el modelo para enfrentar esos problemas.*

Lamentablemente, en tiempos recientes cuando muchos han abandonado el marxismo, pocos han observado esta regla de razón: cambian a tontas y a locas pero sin razonarlo, cambian sus creencias de manera indecente, bárbara.

Regreso a mi confesión; años más tarde, viajé a México, pregunté por Alejandro Rossi y la respuesta que obtuve fue, una y otra vez, un epitafio al teórico. Rossi se aburría de la filosofía, no se dedica más a pensar; se ocupa de política universitaria, le apasiona la literatura. Mi primera reacción —para bien o para mal, ese es mi hábito— consistió en improvisar una teoría: fuera de una comunidad más o menos grande e institucionalizada, la filosofía analítica termina aburriendo y hasta desesperando; sobre todo, termina aburriendo y desesperando a la gente inteligente. Dedicarse a problemas muy delimitados, elucidarlos con minucia y de manera tal que sólo se sea comprendido por colegas preocupados por el mismo asunto exige que necesariamente se tengan tales colegas. Sin ellos, ¿para quién se trabaja? Mucho de lo que escribieron filósofos como Platón, Kant, Wittgenstein puede interesar, y efectivamente ha interesado a vastos y heterogéneos públicos. Nada de lo que ha escrito, digamos, Donald Davidson o Saul Kripke puede interesar, o siquiera ser comprendido, más que por algunos profesores de filosofía. De ahí que un profesor inteligente de filosofía analítica, fuera de la comunidad pertinente, tarde o temprano terminará abandonando la filosofía. Es difícil hablar a solas todo el tiempo.

Sigo creyendo que algo de verdad hay en tal teoría. Poco después, sin embargo, comprobé que no se aplica, o al menos, que no se aplica exactamente al autor del *Manual del distraído*, de *El cielo de Sotero*, de *La fábula de las regiones*, esos rodeos cuidadosamente escritos que Rossi publica en 1978, en 1983 y en 1988. Pero ¿por qué llamo a esas colecciones de relatos y críticas, predominantemente literarias, “rodeos”? Un rodeo constituye un desvío del camino que lleva a la meta querida; a veces se trata de las vueltas que damos para librarnos de un obstáculo o de un perseguidor. Sin embargo, ¿cuál es la meta a la que esos trabajos sirven de rodeo?, ¿de qué obstáculo o de qué perseguidor busca librarse Rossi? A la primera pregunta creo que hay que responder: esa meta es... la filosofía. Y con respecto a la segunda pregunta, mi respuesta es no menos rotunda: el perseguidor que Rossi intenta burlar constituye... cierta idea de la filosofía. Pero ¿en qué respaldo tales conjeturas? Lo hago en el trabajo teórico hasta ahora tal vez más decisivo de Rossi: *Lenguaje y filosofía en Ortega*.

Me apresuro a hacer algunas aclaraciones. En el *Manual del distraído*, Rossi se detiene en el ensayo *Destinos diferentes* que Ortega escribe en 1926. Comparando el “alma” italiana y el “alma” española, Ortega concluye que es poco verosímil un fascismo en español. Tal conclusión Ortega la respalda como sigue; cito a Rossi:

La italiana es un alma “antigua”, esto es, “anteponde la vida pública a la privada”, disminuye, entonces, el valor del individuo y abunda el crimen, la tragedia política. En el español, por el contrario, predomina la convicción “de que la gobernación es un ejercicio de suavidad, una operación más bien patriarcal”. Por eso, añade Ortega, “el Estado (en España) ha solido detenerse con tacto sorprendente ante el hombre privado”. El Ethos ibérico impide la violencia política ejercida por un Estado autoritario. El fascismo sería, en España, una suerte de contradicción histórico-psicológica.

Con razón molesta a Rossi ese vértigo de lo sublime con que a menudo el joven y también el viejo Ortega se impide pensar la vida social:

No me asombran los malos profetas o las predicciones sociales erróneas. Lo que sí me escandaliza es la irrelevancia de las premisas, la metodología fantasmal y la visión —a la vez frívola y falsa— de la realidad española. Sólo faltan los pastores, los prados jugosos, las vacas ubérrimas, la luz dorada, el labriego satisfecho, el perro vivaz que lo saluda y la esposa reclinada sobre la puerta. Una vida buena: caciques dulces, patronos respetuosos y un Estado bonachón. No hay tricornos, no hay hambre, no hay tierras abandonadas, no hay rabias, no hay sotanas, los pueblos son colmenas felices, no burgos podridos. Nunca hubo violencia, nunca habrá fascismo. Las virtudes del alma —esas esencias que los superficiales no ad-

vierten— garantizan que cualquier organización social será suave y bondadosa.

Pienso que esta condena es inapelable; Rossi, en cambio, en su nuevo trabajo trata de rescatar a Ortega. ¿Me convence? De ningún modo. El trabajo es, no obstante, admirable en dos sentidos: en tanto nos habla de la filosofía y de Alejandro Rossi.

Rossi recuerda la tensión radical en la que se movió Ortega y el malentendido trágico al que condujo el desarrollo de ésta. La tensión: por un lado, Ortega escribe demasiado bien y con demasiado placer y regodeo para un filósofo; además, escribe sobre cualquier tema: problemas políticos circunstanciales, descripciones de paisajes, mujeres elegantes en Biarritz o almuerzos en un club de golf. Por otro lado, en Alemania —Ortega había estudiado con los neokantianos de Marburgo—, Ortega contrajo la obsesión de que la filosofía se expresa en forma abstracta, sistemática. Rossi señala correctamente, además, que: “Ortega nunca reniega de ese *genus dicendi*, nunca se opone a él, lo mantiene como un ideal incluso para sí mismo, pero no lo ejerce.”

Esta tensión explota, por así decirlo, cuando Heidegger publica *El ser y el tiempo* en 1927. Indica Rossi:

La novedad que para Ortega representó Heidegger tuvo tres caras; el análisis detallado de conceptos que, según Ortega, él ya había descubierto; la concatenación sistemática de ellos y, sobre todo, la traducción de lo que considera sus fórmulas básicas al lenguaje de la metafísica y, en particular, de la ontología. Compréndase bien lo que esto suponía para Ortega, para un filósofo que no había renunciado al proyecto del tratado... Como si le hubiesen quitado de la mano el libro soñado.

La tragedia, para Ortega, es que él asume que sus hábitos intelectuales no son los correctos y, al aceptar a Heidegger en tanto modelo, se prescribe como la forma filosófica adecuada una que no es la suya. Pero ¿hay tal cosa como “la forma filosófica adecuada”?

Tal vez la expresión “la forma filosófica adecuada” sólo nombre una paralizante ilusión. ¿Cómo eliminarla? Atendiendo lo que es la filosofía, esa

[...] disciplina “desenfrenada”, quiero decir, que carece de límites claros. De pronto es una reflexión sobre la ciencia y de pronto es un análisis sobre el concepto de “amistad”. A veces es la invención de una supuesta prueba sobre la existencia divina y a veces es el intento obsesivo por probar que la mesa de enfrente en efecto está allí. La gloria de la filosofía es precisamente que no tiene tema, que se entromete en todo. Nadie sabe muy bien qué es, cambia máscaras continuamente, pero no desaparece. Es también desenfrenada y extravagante en su forma.

Por eso, nadie puede con razón decretar: “esto es filosofía”,



“esto no es filosofía”; apenas se podrá de caso en caso sospechar “esto es buena filosofía”, “esto es mala filosofía”.

El malentendido trágico de Ortega una vez más hace presente aquella regla argumental que dice: *atiende a que tus argumentos no sucumban a la tentación de la certeza o a la tentación de la ignorancia pero tampoco a la tentación del poder o a la tentación de la impotencia.*

Ortega fue en su momento dueño del “poder” cultural: su “vanguardia”. De pronto, siente que se lo arrebatan y lo condenan a la dudosa categoría de precursor. El *genus dicendi* que él había impuesto como la medida ideal para los otros, el tratado sistemático, ahora se vuelve contra él. Sospecho que, lo mismo que Ortega, cada generación canoniza un *genus dicendi*, cierta manera de hacer filosofía, que no pocas veces la vuelve estéril, y hasta la destruye. Por lo pronto, un modelo de filosofía persiguió también a Rossi en su juventud, aunque esta vez no se trataba del neokantismo de Marburgo, sino de la filosofía analítica tal como se la practicaba en Oxford en los años cincuenta. La regla argumental que nos previene contra ciertas tentaciones tiene, pues, valor general: quien está tentado hoy por certezas —en este caso, algunos modelos de cómo hacer filosofía—, es el escéptico de mañana. Algo similar sucede con el poder y la impotencia. En la filosofía, y también en la vida, hay que encontrar la propia voz y la propia medida, de lo contrario, no hay más opción que la de vagar, como fantasma, entre palabras ajenas. Dándoles el poder a los demás, nos hundimos en la propia impotencia: en este caso, en la impotencia de hábitos intelectuales suicidas porque coloniales. No hay que corregir, sin embargo, un error con otro. La búsqueda de la propia voz y el juzgarse de acuerdo a la medida que corresponde no deben servir de excusa al vértigo subjetivista, a la arbitrariedad y al “todo vale”. Juzgar a la medida es también —no hay que olvidarlo— juzgar. Pero ¿cómo? La respuesta

de Rossi: hay que confiar siempre en la inteligencia, hay que siempre apostar por ella. Recuerdo ciertas palabras de “Sedosa, la niña”, un cuento que pertenece al ciclo *La fábula de las regiones*:

Si hay que morir, hagámoslo en orden: primero yo y después tú. Regrésate a la Ciudad, a la Costa, busca tu vida, no la mía. Yo sé que eres un algebrista de prodigio, un hijo de las Mil y una Noches. No te desbarates aquí, Teo, más vale un teorema bien demostrado que meterle un tiro en la cabeza a uno de esos espumosos capitane-mos que cruzaron la frontera y arrasaron nuestros campos de girasoles.

Pueden usarse estas palabras para resumir lo que podría llamarse, con un poco de pompa el *contratexto a cierto imaginario político latinoamericano*. Precisamente, valorar más la demostración de un teorema que meterle un tiro en la cabeza a un enemigo es la conducta opuesta a tantos anhelos y, a veces también, a tantas acciones de los que fuimos jóvenes en América Latina en los sesentas y en los setentas. Pero el contratexto de Rossi no está solo. Felizmente, ese Rossi es parte de una venerable genealogía, con sus padres y sus hijos, una genealogía también en América Latina mucho más vasta de lo que suele sospecharse. Un buen padre es aquel José Martí que indicó “es más difícil pensar con orden que morir con honra”. Otro padre —aunque menos equívoco, o si se quiere, más complejo— es aquel Borges que tanto lamentó nuestra fatal elección e incluso *su* fatal elección por la violencia del gaucho *Martín Fierro* en contra del civilizado, del razonable, del ilustrado Sarmiento. A su vez, una buena hija es la idea que genera *El disparo de argón* de Juan Villoro, que, pese a que nuestros críticos literarios, con su habitual terror de las ideas parecen haberlo ignorado, busca redimirse y redimirlos con el disparo de la ciencia, con la aventura de la razón, repudiando las aventuras anti-ilustradas del delirante imaginario al que todavía, impotentes, nos aferramos.

Pero cuidado, si Rossi no está solo en su contratexto, tampoco está solo nuestro imaginario de confusa violencia y confusa furia. Por ejemplo, por lo menos desde el siglo XIX, los alemanes han cargado a costas un imaginario funcionalmente equivalente e infinitamente peor, más cruel, más asesino y ello tanto en la vida como en el arte. Con respecto a los estragos que ese imaginario hace en este último, anota Theodoro W. Adorno:

Los pintores alemanes del siglo XIX, pintando batallas hicieron obras de verdulería. En cambio, sus contemporáneos franceses pintando peras y manzanas, hicieron historia.

Sería del mayor provecho que el amor a las peras y manzanas y otros detalles de Alejandro Rossi, y el método que ese amor permite entrever, la inequívoca decencia intelectual que ese amor permite entrever, hiciera historia entre nosotros. ◇